fin y al cabo concluyen desviándonos de nuestros propósitos serios, sin que podamos adelantar los suyos. Estoy sumamente contrariado.

---

Por la tarde.

Mis visitas de despedida no han dejado de serme útiles y agradables. Vi cosas muy bonitas, hasta ahora reservadas. El *Cavaliere Venuti* mostróme tesoros escondidos. He vuelto á contemplar con gran veneración su Ulises, inestimable, aunque mutilado. Por despedida me llevó á la fábrica de porcelana, donde hice lo posible para grabar en mi memoria al Hércules y hube de volver á recrearme, á mi sabor, en los vasos de la Campania.

Conmovido de verdad en su amistosa despedida, díjome al fin dónde le aprieta el zapato y quería nada menos que hacerme pasar algún tiempo á su lado. Mi banquero, á quien encontré sentado á la mesa, no me dejaba partir. Todo hubiera estado muy bien si la lava no se hubiese apoderado de mi imaginación. Entre ocupaciones de muchos géneros, hacer cuentas y equipajes, llegó la noche y me fuí de prisa al Molo.

Allí vi todos los fuegos y las luces y su resplandor, más oscilante porque la mar estaba más movida. La luna llena en todo su esplendor, al lado del volcán encendido y la lava, que el día pasado faltaba, en su siniestro camino inflamado. Hubiera querido ir á verla, mas los preparativos eran demasiado largos y no hubiera llegado hasta la mañana. No quería tampoco perder por mi impaciencia el espectáculo de que estaba gozando: permanecí sentado en el Molo hasta que, á pesar del ir y venir de las gentes, de sus explicaciones, dichos, comparaciones y disputas sobre dónde llegaría el torrente de lava y más charlas por el estilo, sentí que se me cerraban los ojos de sueño.



---

Nápoles 2 de Junio de 1787.

También este hermoso día pasado entre personas distinguidas hubiera sido de gusto y aprovechamiento, pero era contra mi idea y sentía el pecho oprimido. Lleno de deseos miraba el vapor, que bajando lentamente la montaña hacia el mar, dibujaba de hora en hora el camino de la lava. Tampoco tuve la tarde libre. Había prometido visitar á la Duquesa de Giovane, que vive en palacio, donde me hicieron subir muchas escaleras y atravesar muchos corredores, estando los más altos tan llenos de cofres, armarios y todo lo desagradable de un guardaropa de corte, que sólo dejaba un paso angosto. En una habitación alta de techo y espaciosa, sin tener nada de particular, encontré una señora joven, de buena presencia y de amenísima conversación, nacida en Alemania; no le era desconocida la tenden-

cia humana y liberal que marca nuestra literatura. Aprecia extraordinariamente los esfuerzos de Herder y su escuela. Siéntese íntimamente inclinada hacia la inteligencia pura de Garve. Querría estar á la altura de las escritoras alemanas y se deja ver su deseo de manejar una pluma experta y celebrada. Esta era la tendencia de su conversación, que denotaba, además, deseo de ejercer influencia en las jóvenes de alto nacimiento. Conversación semejante, no tiene límites. Había obscurecido y no traían luces: paseábamos de arriba abajo por la habitación, cuando ella, acercándose á una ventana, cerrada con maderas, la abrió y ví lo que sólo se ve una vez en la vida. ¿Lo hizo de intento para sorprenderme? Si es así, alcanzó por completo su objeto. Estábamos en una ventana de la parte alta del palacio y teníamos el Vesubio en frente. La corriente de lava veíase ya en la obscuridad, inflamada y el vapor que la acompañaba comenzaba á dorarse. La montaña rugía pavorosamente, sosteniendo sobre sí enorme nube de vapores, cuyas diversas masas, iluminadas á cada nueva explosión como por un relámpago, tomaban forma corpórea, destacándose distintas unas de otras. Desde allí al mar, un rastro de llamas y vapores inflamados; el resto, mar, tierra, rocas y campos, visibles en mágico reposo á la luz crepuscular. Todo esto visto de una ojeada y la luna llena saliendo detrás de las montañas, como para alumbrar la perfección acabada de tan maravilloso cuadro, bien digno era en verdad de causar asombro.



La mirada podía abarcarlo de una vez y, si no distinguía en particular cada detalle, no por eso se perdía nunca la impresión del gran conjunto. Si nuestra conversación quedó interrumpida ante este espectáculo, luego se hizo más íntima. Teníamos delante un texto, que no bastarían siglos para comentarlo. Cuanto más avanzaba la marcha, más claridad parecía adquirir el paisaje. La luna alumbraba como un segundo sol. Penetraba en las columnas de humo la luz, haciendo visibles las estrías y masas hasta en sus menores detalles, y creía uno distinguir, con un mediano anteojo las rocas ígneas, al ser arrojadas por el negro cono de la montaña. Mi Anfitrión—así quiero llamarla, porque con dificultad hubiera podido ofrecérseme cena semejante—hizo poner las bujías al otro extremo de la habitación y esta hermosa mujer, iluminada por la luna como primer término de aquel increible cuadro, me parecía cada vez más hermosa y lo que particularmente aumentaba su encanto, era oir, en aquel paraíso del Mediodía, un dialecto alemán muy agradable. Olvidé lo tarde que era, hasta que al fin ella me lo hizo advertir. Sentía dejarme marchar, pero se acercaba la hora en que sus galerías se cerraban como un convento. A duras penas me despedí de aquella lontananza y de aquel primer término, bendiciendo mi destino porque, después de los enojosos cumplimientos del día, me había recompensado con tan hermoso anochecer. Cuando me encontré en la calle, me dije que en la proximidad de esta lava grande, sólo vería la repetición de aquella

pequeña y que otra vista de Nápoles y otra despedida mejor que ésta, era imposible.

En lugar de ir á casa, dirigí mis pasos al Molo, para ver el grandioso espectáculo con otro primer término. Pero no sé si el cansancio, después de día tan ocupado, ó el sentimiento de que no debe mezclarse con nada la última imagen hermosa, me llevaron á casa de Moriconi, donde encontré á Kniep, que desde su nuevo alojamiento venía á hacerme una visita de noche. Bebiendo una botella de vino, conferenciamos sobre nuestras relaciones futuras. Prometíle, en cuanto pudiese, mostrar trabajos suyos en Alemania, recomendarle al excelente Duque Ernesto de Gotha, de quien recibiría encargos. Y así nos despedimos, cordial y alegremente, con la perspectiva segura de mutua y recíproca actividad en lo futuro.

---

Nápoles 3 de Junio de 1787, día de la Trinidad.

Salí de esta ciudad incomparable, que probablemente no volveré á ver, medio aturdido entre su infinito movimiento; contento, sin embargo, al no dejar, detrás de mí, remordimientos ni dolores. Pensaba en el buen Kniep y, aún lejos de él, me ocupaba en sus intereses. En el último puesto del arrabal me distrajo un instante un mozo de café, que me miró con cara complacida, alejándose al punto. No habían concluído aún



los aduaneros sus negocios con el *vetturino*, cuando por la puerta del café salió Kniep, llevando en una bandeja una gran taza de china llena de café puro. Acercábase al coche á paso lento, con gravedad que, como salía del corazón, sentábale á maravilla. Yo quedé pasmado y conmovido: semejante delicadeza de gratitud no tiene igual.

—Me ha hecho V. tanto bien—dijo,—me ha mostrado tanto cariño, ha ejercido sobre toda mi vida tanta influencia, que en esto quiero ofrecerle un testimonio del agradecimiento que le tengo.

Como en ocasiones semejantes me quedé sin saber qué decir; sólo le expuse lacónicamente que ya por su actividad me había hecho su deudor y que aún podría servirme más, trabajando y utilizando nuestros tesoros comunes.

Despedímonos conforme se despiden pocas personas, que han estado corto tiempo unidas. Quizá en la vida sacaríamos más provecho y más agradecimiento, si mutuamente declarásemos lo que tenemos derecho á esperar unos de otros. ¿Se cumple? Pues quedan las dos partes contentas y el afecto, que es lo primero y lo último de todo, aparece como un don desinteresado.

---

En camino, desde el 4 al 6 de Junio.

Viajando solo esta vez, tengo bastante tiempo para volverme á representar la impresión de los meses pasados y se me hace muy agradable. Sin embargo, noto con frecuencia faltas de observación. Si el viaje aparece ante el que lo ha hecho en su curso completo y la imaginación lo representa consecuente, no puede dar de él cuenta exacta. El que narra tiene que representar las cosas aisladas. ¿Cómo ha de poder imprimir el conjunto en el alma del que escucha?

Nada podría sucederme más satisfactorio ni gustoso que lo que me dicen vuestras últimas cartas: os ocupáis de la Italia y la Sicilia, leyendo descripciones de viajeros y estudiando grabados. La seguridad que con esto ganan mis cartas, es mi mayor consuelo. Si antes me lo hubiéseis dicho ó prometido, habría sido aún más diligente. Reflexionar que fueron mis precursores hombres excelentes como Bartels, Münter, arquitectos de diferentes naciones, cuyos fines serían por cierto más transcendentales que los míos, que son bien íntimos, hame tranquilizado muchas veces, cuando tenía por insuficientes todos mis esfuerzos.

---

Si en general hay que considerar á cada hombre como un suplemento de todos los otros y tanto más digno de amor y más útil se muestra cuando por tal se da, debe tenerse esto en cuenta particularmente tratándose de



viajes y de viajeros. La personalidad, los fines, los tiempos, las circunstancias favorables ó desfavorables, todo se presenta diferente en cada uno. Si conozco á los que le han precedido, también me recrearé con él y lo utilizaré, esperando á su sucesor para recibirle con el mismo agrado, aunque en el intermedio haya tenido la dicha de visitar el país.

---